



Coro de invierno (selección)

Carlos Frühbeck Moreno

1.

Con miedo, pocas horas antes de
mi muerte, estoy hablando de mujeres
que casi no recuerdo, que supieron
volverse arena fría, el hambre larga
que posa la humedad sobre los muros.
Los barcos zarpan si anochece, cuando
tan solo queda sitio para el miedo,
para los rostros del delirio. Hablo
de mujeres que nunca quise amar,
que ahora son astillas, grietas, trozos
de objetos viejos al decirlas. Veo
al otro lado del cristal las anclas
brillantes de los barcos que se elevan
sobre la luz de las farolas. Veo
espejos de metal y despedidas
como una lluvia de engranajes. Vientres
de oscuros galeones, el perfume
del viento amargo y de la sal. Tan cerca
queda la muerte mientras digo nombres
de mujeres que un día desprecié,
que estoy llamando ahora. Afuera miles
de velas desplegadas van llenando
las últimos momentos de la tarde,
como aprendiendo a pronunciar un nombre
para que deje de existir. Qué poco
que queda ya para la noche.

2.

Lo mismo que una música regresas
a despertar a la ceniza. Vives
en una luz que nunca será tuya
porque existe en mi norte solamente,
y, sin embargo, siempre yo descubro
la forma de tu rostro al ordenar
mientras te miro triste mis recuerdos.
Mi infancia se ha disuelto en tu piel blanca,
el joven que soñaba es solo el gesto
de una mujer iluminada por
la herida de una larga soledad.
Pienso en la nieve al escucharte. Siento
que me puedo asomar a tus palabras
y recorrer de nuevo mi ciudad
sus calles empedradas, el olor
a vino viejo, a piedra que repite
que todo fugitivo es un espectro.
Después solo me pides que me vaya
y maldices haberme conocido.
Como si mi memoria poseyera
la forma de tus manos al cerrarse.
Igual que si mi vida fuera parte
de tu respiración cuando te duelo.

3.

Caminaba entre perros callejeros
enormes, renqueantes, casi humanos.
Y pensaba en hogueras. En sus ojos
los faros de los coches dibujaban
como una pena en llamas. Finjo
que me despido mientras cruzo con
prisa solares malheridos, casas
dejadas a mitad. Hojas de pita
hieren mis brazos. Madrugada de
huellas sobre el cemento. Corro. Corro.
Huía entre los perros que buscaban
el alma en los contenedores. Pienso
en un verano que se acerca. Pienso
en campiñas vacías, en el trigo
que se confunde con el cielo. Sueño
entre perros ancianos con lugares
en donde nadie existe, nadie ama.

4.

Siempre me ha dado miedo cómo el mar
sabe volverse carne cuando cruza
la soledad de los umbrales, cuando
trepas sobre las camas y se encoge
como una bestia inerme a nuestros pies.
Tus ojos siempre brillan mientras duermes
–es hermosa la luz cuando atraviesa
la frontera caliente de tus párpados–
y el mundo no es lenguaje, solo es signo
que se queda sin piel si lo acaricias.
Dime si ya dejaste de soñar
con largas hiedras que han nacido dentro
la ropa que has dejado bien doblada
sobre una silla. Llega el mar y dice
un día seré llama o tengo cáncer
y tú me estás amando mientras flotan
mis ojos, mis recuerdos, mis esperas
sobre el papel de las paredes. Quiero
tener tu edad mañana, descubrir
tu silueta parada en la ventana
y ver a través de ella primaveras
que llueven lentitud. Si amaneciera
con una sed más joven. No te vayas
aunque el dolor se vuelva red, te pido
que te quedes aquí, que no te vayas.

5.

Paso tus manos sobre el rostro hasta
borrar mis rasgos. Ser tan solo piel
sobre los huesos de tu sombra. Creo
que así cabe la muerte en la sintaxis.
De la montaña bajan lobos, vienen
hambrientos de certezas. Nuestros cuerpos
están flotando boca abajo sobre un mundo
que afirma su existencia al escapar
de las entrañas como oruga. Bajan
lobos sin sombra por tus ojos, por
tus manos, tu saliva. Crujen fríos
los verbos, las paredes. Es extraña
la lluvia que desangra habitaciones
para poderles dar un nombre exacto.
Bajo la luz eléctrica, la máscara
y el bosque que respira sin nosotros.

6.

Es cuando el viento sobre el trigo toma
la solidez del fogonazo y todo
aprende a sumergirse en su existencia
hasta cegar al tiempo. La humedad
del barro en mis zapatos. El susurro
del motor encendido. Tu mirada
que me da larga sombra. Trigo verde
que espera eternamente madurar
mientras nosotros lo bebemos como
se aprende una plegaria. Aquí no sangran
los huecos engranajes de la vida,
una ciudad helada, la esperanza,
el azogue maldito de los años.

319

Carlos Frühbeck Moreno. Nació en Burgos en 1977. Doctor en Literatura Española y Teoría de la Literatura por la Universidad de Valladolid. Profesor de Español para extranjeros en países como China, Italia o Vietnam. Actualmente trabaja como profesor de Lengua y Cultura Españolas en la Universidad degli Studi di Enna Kore, en Sicilia. Ha ganado varios premios de poesía y relato. Ha publicado los poemarios *Primera claridad* (1994), *Retratos de alquiler* (Premio Juan Alcaide 2002), *Caballos* (Premio Antonio González de Lama 2005) y *Coro de invierno* (Amargord, 2014). También los ensayos *Justo Alejo: Una escritura de vanguardia y compromiso* (Editorial Azul, 2003), *Palabra y poética en Francisco Pino* (Academia del Hispanismo, 2014) y *En las blancas costillas de la creación: la poesía de Héctor Viel Temperley* (Visor, 2017). Asimismo ha participado en numerosas antologías y colaborado en revistas como *Nayagua*, *Narrativas*, *Al otro lado del espejo*, *Piedra del Molino*, *El coloquio de los perros* o *Culturamas*, donde durante el año 2010 publicó una columna semanal dedicada al relato breve. *La ceguera de los ciervos* (Ediciones del Viento, 2009) es su primer libro de relatos.